

orgullo de noble y su desprecio de la gente plebeya, admite en este diálogo la alianza de la nobleza con la clase media de las ciudades, esto porque Hutten y Sickingen, después de aterrorizar con amenazas brutales á un dependiente de la casa poderosa de los Fugger, le alargaron la mano en señal de reconciliación.

Es indudable que Hutten, según dice, lejos de querer solamente espantar á sus enemigos, estaba bien dispuesto y decidido á traducir su proyecto en hechos si hubiera podido. Quiso apoderarse por sorpresa de los legados del Papa, lo cual el mismo Lutero habría visto con satisfacción, pero no pudo realizar el golpe de mano. En noviembre del año 1520 avisó á Erasmo que dentro de muy poco echaría mano á las armas, haciéndose la ilusión de que Lutero y Spalantino le procurarían el apoyo material y directo ó siquiera indirecto del príncipe elector Federico (el Sabio), á cuyo fin les escribió; pero no conoció la índole del fraile y catedrático de Wittenberg. Lutero había admitido repetidas veces la idea de una purificación y reforma de la Iglesia por medios violentos, pero se espantó cuando la revolución que tantas veces había anunciado le mostraba su faz de cerca. Seguía creyendo que no podía faltar á los obstinados partidarios de Roma el juicio de Dios, pero á lo más quería ser el profeta, sin tomar parte en la ejecución. Le parecía indigno echarse con lanzas y espadas sobre la «multitud clerical inerme», como si no supiese que el poderoso clero alemán tenía sus hombres de guerra, caballeros y soldados, siempre á punto de entrar en campaña y librar batalla al enemigo. Le repugnaba, conforme expuso en su contestación á Hutten, emplear la fuerza bruta para hacer triunfar el Evangelio; y sobre esto escribió á Spalantino: «La fuerza de la palabra ha vencido al mundo y ha conservado la Iglesia y la restaurará; y como el Anticristo se ha introducido sin la fuerza bruta, será también aplastado sin ella.» No hay que negar que en otras ocasiones se había expresado Lutero de manera muy distinta, pero no es menos cierto que jamás habría podido presenciar, á pesar de su lenguaje impetuoso, el aniquilamiento ó tan solo el tratamiento brutal de sus adversarios, como lo supieron hacer los hombres de la inquisición. A uno de estos, nada menos que al famoso Hochstraten, que había caído entonces en manos de Hutten, éste le devolvió la libertad. Sin embargo, mas que la prudente reserva de Lutero enfrenó los brios guerreros del poeta caballero la política de conveniencia de su amigo Sickingen, que esperaba, basado en sus buenas relaciones con el emperador, desempeñar un gran papel en la próxima campaña contra la Francia, y se contentó respecto de Hutten con recomendarle que se estuviera quieto y dejara que sus enemigos se dañasen á sí mismos con sus demasías, prometándole además que le recomendaría al emperador.

Aquí podemos observar ya la primera influencia de la política extranjera sobre el movimiento que empezaba á conmover los ánimos en Alemania, con cuyos intereses estaba íntimamente enlazado, pero que luego se complicó con los sucesos europeos, en los cuales tomaron parte fuerzas que en un principio nada tuvieron que ver con aquel movimiento espiritual, exclusivamente alemán. La confianza de Lutero en el triunfo final y pacífico de su causa por la sola fuerza de la palabra del Evangelio (1), y el desprecio que en virtud de esta misma confianza le inspiró la intervención de los príncipes, unido todo á los arranques de celo nacional de Hutten y de otros, no pudieron dispensarles de contar con el emperador, cuyos dominios eran tan dilatados y su poder tan grande que permitían la comparación con los antiguos emperado-

(1) Por lo que el mismo autor refiere, se ve que Lutero nunca tuvo tal confianza. (N. del T.)

res romanos, conforme la fantasía alemana había deseado siempre. A la sazón tenían un emperador con cuyo poder no podía medirse el de ningún otro príncipe; y no faltaron soñadores que creían posible que aquel emperador acabara con la división territorial y de poderes en Alemania, transformando la nación en monarquía poderosa, y que poniéndose á la cabeza del movimiento nacional, librara el país del yugo eclesiástico, convirtiendo á Roma en capital del imperio y rodeándose de consejeros como Erasmo, Lutero, Hutten y Sickingen. Estos deseos y esperanzas engendraron toda una literatura especial consistente en cartas, misivas, poesías, profecías y folletos, de los cuales muy pocos llegaron probablemente á manos del emperador, al cual comparaban con Carlomagno, dándole el nombre de Carlo-Máximo. Tanto los humanistas y teólogos, en sus escritos más ó menos pulidos ó rudos, como los poetas del pueblo en sus versos toscos, estaban igualmente distantes de tener una idea medianamente exacta y acertada de la situación general de Europa. Si una canción popular celebra al vástago del noble tronco austriaco que viene desde España por mar con fuerzas colosales y no reconoce al Papa, se apresuran los humanistas, tan ignorantes como el rústico autor de aquella canción, á congratarse para sus fines anti-romanos con el emperador ofreciéndole para la ineludible guerra italiana las rentas alemanas del Papa y las riquezas acumuladas por la curia romana en el transcurso de siglos. Pero Carlos, entretanto, estaba poniendo en movimiento todos los resortes para tener al Papa de su lado. Aquella generación alemana, excitada y vigorizada por primera vez por una idea nacional, por la conciencia de su progreso material é intelectual y por la agitación producida á consecuencia de una reforma profunda de su vida religiosa, no tenía todavía conocimiento alguno de la gran política con sus combinaciones y cálculos fríos, en los cuales no entraba para nada la fermentación que agitaba los ánimos alemanes. El insignificante papel que la excitación de la nación alemana desempeñaba en la política europea, está demostrado en la carta que escribió el embajador en Roma Juan Manuel, en mayo de 1520, aconsejando á su soberano el emperador Carlos que dispensara secretamente alguna protección á cierto fraile conocido por fray Martin, en caso de que el Papa no quisiese ratificar la alianza anti-francesa ó la abandonara del todo, pero añadiendo que este era recurso del cual convenía servirse solo en un caso extremo.

Es decir, que Lutero, en el cual estaba más que en ninguna otra entidad personificada la conciencia, voluntad é índole del pueblo alemán, no era para los políticos más que una figura cualquiera, á la cual se avanzaba, retiraba ó sacrificaba según les convenía para sus cálculos.

La ciencia política del Renacimiento, cuyo único blanco era el poder, había hecho abstracción completa de la moralidad y no se curaba de lo que dirían de sus operaciones y negocios los pueblos, ni de lo que estos pensaban. Por otra parte, el individualismo de la civilización italiana moderna tampoco permitía que las personas instruidas trataran seriamente ni del bien ni del mal de las masas; y de ahí resultaba que los observadores extranjeros no llegaron á ver la naturaleza verdadera del movimiento alemán, ó si la vieron, no la comprendieron bien. Bajo este punto de vista son interesantes las observaciones del nuncio Jerónimo Aleandro, que acompañó al joven emperador por el Rhin hasta Worms, donde asistió al parlamento. Bibliotecario papal y humanista distinguido, conocía la Alemania y los alemanes mejor que muchos otros italianos de nota, pero no comprendía que el hombre pudiese obrar impulsado por una idea sin que ésta fuese la de lucro y granjería; no supo comprender el poder inmenso de la necesidad religiosa no satisfecha; y así atribuyó

las burlas que los alemanes hicieron del gastado recurso de las bendiciones y maldiciones de Roma á indiferencia religiosa, de la cual los alemanes del siglo XVI estaban por cierto muy distantes. Dominado por estas ideas erróneas, propuso Alejandro apaciguar los ánimos comprando á los caudillos ya con dinero, ya con otros beneficios, y si con esto no se lograba taparles la boca, ahogar el movimiento en sangre. Conoció este personaje la magnitud del peligro y escribió que vendría que en Roma viesan aunque no fuese mas que la centésima parte de la fermentación, que las nueve décimas partes de la población aclamaban en Alemania á Lutero, y la décima parte restante deseaba cuando menos que la corte de Roma se hundiera; todo el mundo pedía á voces un concilio; la mayoría del clero, los juriconsultos y sobre todo los literatos, los gramáticos y poetas, los discípulos de Erasmo y de Reuchlin estaban todos del lado de Lutero, y á todos ellos se agregaba el elemento peligroso de los nobles pobres, como el «pillo y sátiro» Hutten y otros. «Conozco, — dice, — bastante bien la historia de esta nación; conozco sus herejías, concilios y cismas; y puedo decir que jamás fué la situación tan grave como ahora, y que comparada con ella fué de violetas y rosas la que causó el cisma entre Enrique y Gregorio VII. Estos perros rabiosos están bien pertrechados con ciencias y otras armas, y se glorifican de no ser ya bestias irracionales como sus antepasados; dicen que Italia ha perdido el monopolio de las ciencias y que el Tíber se ha vaciado en el Rhin.»

Este inteligente é ilustrado observador solo vió á los humanistas y nobles. Las manifestaciones toscas que de su existencia hacía el pueblo rudo ninguna atención le merecieron cuando no le inspiraron repugnancia y asco. No así los observadores alemanes, que desde el año 1520 empezaron á ver más claro. Sobre todo, los adversarios de Lutero llamaron en sus polémicas la atención sobre el peligro de que la doctrina de aquel fraile condujera á otra guerra como la husita y á otra sublevación armada de la población rural. En efecto, en la avalancha de escritos populares publicados por partidarios de Lutero empieza á figurar el jayán armado de su azadón, «que ahora entiende también la Sagrada Escritura,» dispuesto á apoyar con la azada y el trillo su derecho personal. Era una revolución religiosa y social la que amenazaba, porque las palabras de Lutero inflamaron á la gente sencilla y oprimida del campo, que odiaba al clero y esperaba que Dios le haría algún día justicia.

Cuando el joven rey Carlos entró en Alemania, no contando más de veinte años, se vió en una sociedad desconocida para él y no pudo comprender en qué se fundaba el entusiasmo con que fué recibido, porque para esto le faltaba la exuberancia de inteligencia y sensibilidad exquisita de otros jóvenes de talento y corazón. Carlos había nacido bajo la influencia de Saturno, planeta funesto según los astrólogos, y en efecto, el carácter del joven y poderoso soberano resultó tan adusto y precozmente senil que no le dejó ser feliz y le hizo funesto á los demás (1).

#### CAPÍTULO IV

##### EL PARLAMENTO DE WORMS Y LOS PRIMEROS TRIUNFOS DE LA REFORMA

Estaba la Alemania en el mejor camino entonces para emanciparse del dominio eclesiástico universal que el imperio alemán más que ningún otro país había fomentado; pero

(1) Es curioso en el último período del siglo XIX atribuir á la influencia de Saturno el carácter de Carlos V. (N. del T.)

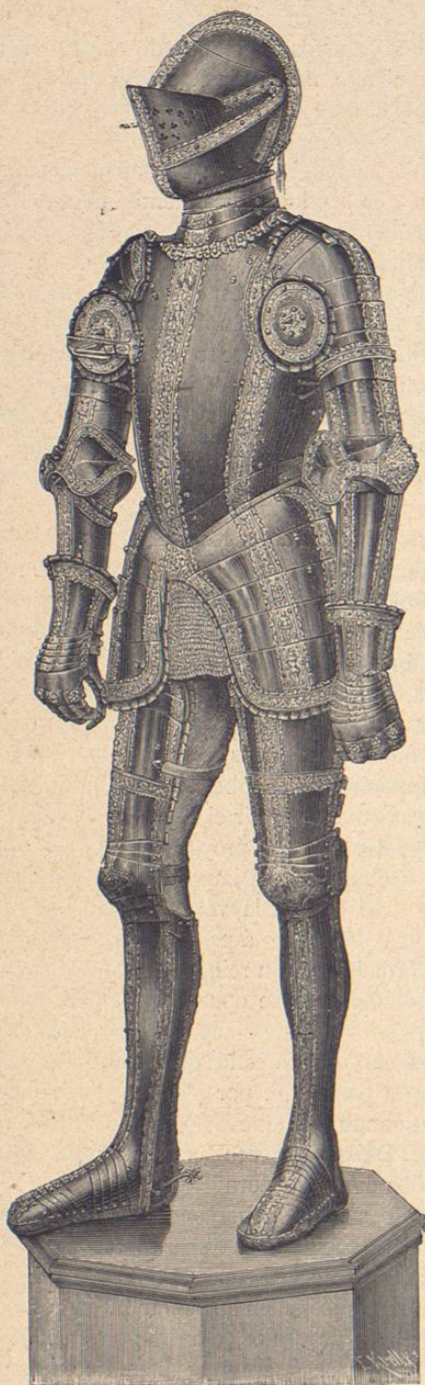
el fantasma de la monarquía universal, que tantos y tan pesados sacrificios había costado al pueblo alemán, le interceptó á la sazón el camino de la libertad á lo menos religiosa, poniendo al país en una situación desesperada. Solo una nación sumida todavía en la mayor ignorancia política, como la alemana, podía haber acariciado la ilusión de que el asombroso poderío del rey de España aprovecharía directamente al sacro imperio romano-germánico, cuya corona acababan de disputarse los primeros soberanos de la cristiandad. En el fondo, sin embargo, no habría sido cosa muy extraordinaria que un emperador acometiese la tan deseada reforma de la Iglesia y del imperio, pues que el mismo Carlos V tomó después esta misma idea en seria consideración, por supuesto á su manera y en sentido radicalmente opuesto á los deseos de la nación alemana. Esta oposición entre el emperador y la nación se manifestó desde el primer momento de una manera tan viva, que no había que esperar ya ningún resultado fecundo de la unión de sus voluntades para una obra común.

Conviene hacerse cargo ante todo de la posición difícilísima del joven emperador. Carlos V indudablemente estuvo firmemente decidido, á pesar de su juventud, á cumplir con su deber, y si no lo hizo fué porque no tuvo el talento necesario para ello, lo cual no era culpa suya. No siempre se presenta el genio que las circunstancias requieren.

Empecemos por examinar los elementos que constituían el poderío de la casa de Austria, tan imponente mirado desde fuera si solo se consideraba la extensión territorial de sus dominios, de cuyo acrecentamiento más allá del Océano no era posible formarse una idea. A primera vista era imposible que Francia compitiera con aquella monarquía ni en extensión territorial ni en otro concepto alguno; pero en cambio la monarquía francesa tenía sus recursos concentrados y siempre á la disposición de su soberano, el cual más que ningún otro monarca podía convertir el objeto de su ambición en un objeto nacional y con sus proyectos en el extranjero hacer olvidar á la nación francesa importantes cuestiones interiores. Carlos V se creyó, á la verdad, una posición análoga en España, pero solo paso á paso y al cabo de mucho tiempo, pues al principio de su reinado encontró muchos y grandísimos obstáculos que se opusieron á una unión eficaz de las diferentes provincias y comarcas españolas, en cada una de las cuales eran diferentes los derechos del soberano y los intereses de la población, por manera que Baumgarten (2) tiene razón cuando dice que el poder de Carlos V constituyó su debilidad. Dejando aparte las posesiones transoceánicas constituían los dominios europeos de la casa de Habsburgo los cuatro grupos español, borgoñón, alemán é italiano meridional, pues entonces no estaban agregadas todavía ni la comarca de Milán ni las coronas de Bohemia y Hungría. Los derechos de dominio y fueros soberanos, expresados en una lista interminable de títulos, eran tan diversos como innumerables. La monarquía era muy diferente en Aragón, cuya constitución era casi republicana, que en Castilla; en el Brabante reinaba el mismo soberano en calidad de duque, en Amberes era marqués, en Holanda y Zelanda conde. En todas partes el poder del monarca estaba rodeado de trabas; en España debía entenderse el rey con las cortes ó parlamentos de los diferentes reinos, en Sicilia con el parlamento siciliano, en los Países-Bajos con los Estados generales y hasta con los Estados ó brazos de cada provincia, y en Alemania debía contar también con el parlamento si quería obtener recursos para la realización de sus planes. Con el objeto de

(2) Autor de una *Historia de España*, Berlin, 1861 y 1865 hasta 1871. Es desde 1872 catedrático de Historia y patriota sumiso en la universidad de Estrasburgo. (N. del T.)

facilitar su elección para el trono imperial se había presentado á los príncipes alemanes una lista de dominios y rentas de Carlos, cuya exactitud nominal y aparente debía dar del poder de este soberano una idea exageradísima. En esta lista figuraban nada menos que 25 reinos, entre ellos el de Jerusalén, luego una infinidad de otros Estados menores, como el



Armadura de gala del emperador Carlos V (Carlos I de España) que se conserva en el Museo de Artillería de Viena

ducado de Atenas y otros menos distantes, cuyos soberanos legítimos no habían renunciado de ningún modo á su recuperación. A todo esto agrega la lista las Indias y las islas del Océano con sus criaderos de oro, «que mientras el mundo exista no se agotarán; pero aun sin estos tesoros saca el rey solo de América, España é Italia una renta anual de cuatro millones y medio de ducados.» En esta lista no se habla de las rentas que Carlos V sacaba de los Países-Bajos, y que según observa acertadamente un político veneciano, constituían las verdaderas Indias y minas de oro del emperador.

Las rentas del rey de Inglaterra se calculaban entonces en 350,000 ducados, y Baumgarten dice con razón que á haber tenido Carlos V tan solo la mitad de las rentas que se le atribuían, habría tomado el mundo una marcha muy diferente de la que conocemos. La verdad era que hasta más de mediados del siglo fué muy modesto el beneficio que el gobierno español sacó de las riquezas metalúrgicas del Nuevo Mundo, y luego se sabe que lejos de bastar á Carlos V sus recursos ordinarios, una penuria continua le obligó á echar mano de toda clase de recursos imaginables, sin exceptuar los préstamos usurarios y los empeños, para hacer frente á los gastos crecidísimos que ocasionaba su política extranjera necesariamente vastísima si se atiende á la multitud de tan dilatados y tan diferentes territorios como los que componían la monarquía española habsburga. A Carlos V, heredero de todo, tocó por necesidad la misión de unir hasta donde fuera posible, en un solo haz, las fuerzas sueltas y divergentes de los pueblos sometidos á su cetro. Dió en España el primer paso para la realización de este objeto y de resultados por poco queda gravemente comprometida la existencia de todo el colosal edificio de la monarquía hispano-austriaca. Esta primera tentativa fué para el carácter de Carlos trascendental y hasta decisiva, porque se le hizo palpable la imposibilidad de fundir en un mismo molde los diferentes elementos nacionales que constituían su monarquía. Sucesos posteriores confirmaron los resultados del primer experimento y le convencieron de que era imposible, á no emplear la fuerza bruta, hacer de los pueblos instrumentos ciegos y obedientes de sus propósitos.

El pueblo español encontró muy pronto insoportable el dominio del gobierno extranjero que le había caído en suerte. Este pueblo se creía con derecho á ocupar entre las naciones cristianas el puesto que ocupaba en cada nación la nobleza. La ambición del español era aristocrática, especialmente en Castilla; existe una analogía casi innegable entre el orgullo del hidalgo y el noble de la antigua Atica, entre el desprecio con que el español miraba el trabajo manual y el que inspiraba al antiguo griego el artesano vulgar. Esta aversión á los intereses materiales no constituía ningún mérito á los ojos de los italianos y flamencos, hijos de la civilización de las grandes ciudades de su país, y los hombres que acompañaron á Carlos en su primer viaje á España observaron con curiosidad irónica á los nobles descalzos que les recibieron en la costa de Asturias y que á pesar de su indigencia obsequiaron al rey con una corrida de toros. Aquellos nobles, como los grandes, estaban exentos de contribución, que solo cargaba sobre las clases trabajadoras, los *pecheros*, que se designaban con este nombre justamente porque eran los que pagaban contribuciones.

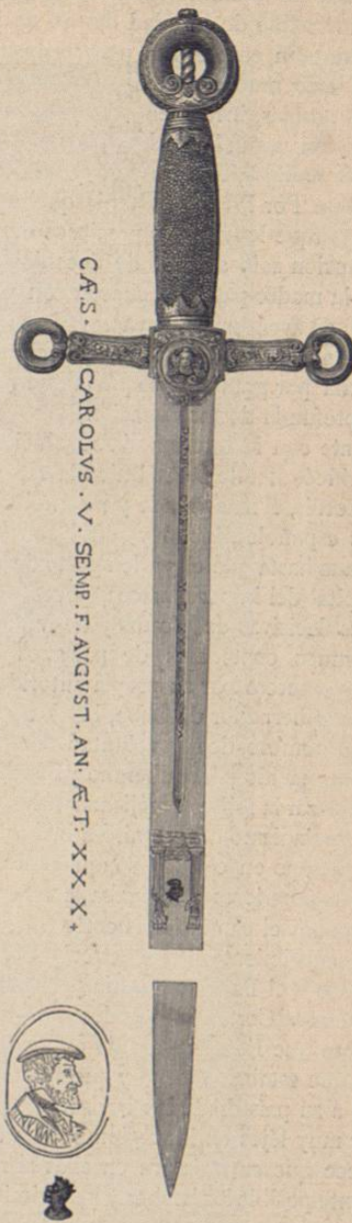
Los flamencos que acompañaron á Carlos no disimularon su superioridad ante los grandes españoles; el mismo rey, apenas hubo llegado, dió á entender de una manera incalificable al anciano cardenal Cisneros, co-fundador y fidelísimo custodio de la monarquía española, que no necesitaba sus servicios, y cuando el cardenal hubo muerto sin siquiera haber visto á su nuevo soberano, Carlos dió la mitra arzobispal de Toledo á un muchacho flamenco, sobrino del poderoso privado Chievres, y nombró á otro flamenco, llamado Sauvage, gran canciller de Castilla.

El creciente disgusto de los españoles se manifestó muy pronto en la actitud de las diferentes cortes. El duque de Alba se negó sin ambages á acompañar al rey á Aragón, diciendo que en vista de la manera con que el rey trataba á los españoles, no quería perder su tiempo; y de los diputados á las cortes de Castilla, los procuradores, como se llamaban, tuvo que oír Carlos que el rey era un empleado asalariado

de sus súbditos, que ponían á su disposición sus vidas y haciendas, teniendo él en cambio la obligación de velar por la justicia. Presentáronle 88 peticiones, que formaban todo un programa de reformas, solicitando en primer lugar que se pusiera término á las extralimitaciones de la curia romana, al despotismo de la inquisición, á la destrucción de los bosques y á la exportación del dinero; luego pidieron la exclusión de los extranjeros de todo empleo público, el pronto casamiento del rey y la permanencia en Castilla del infante Fernando. Afirmábase que solo un gobierno verdaderamente nacional y solicitado podía preservar al país de conmociones que eran de temer en vista de la conducta codiciosa de Chievres y demás extranjeros, que no tenían más afán que sacar cuanto dinero podían del país sobre el cual como aves de rapiña se habían abatido. El mismo rey, cuyos intereses políticos más apremiantes estaban fuera de España, parecía que por lo pronto solo quería sacar de este país recursos. Las cortes de Castilla le concedieron, en efecto, la suma extraordinaria de seiscientos mil ducados; pero el rey, en lugar de confiar la recaudación á los municipios, conforme había prometido, la confió á los usureros que le habían adelantado las sumas que había pagado á los príncipes electores alemanes. Para ejercer presión sobre las clases altas le sirvió un motin que estalló en Aragón y Valencia, y habiendo estallado también la revolución en Castilla, se dió prisa el rey con sus privados á pasar á Inglaterra y Alemania. Las campanas tocaban á rebato en Valladolid cuando el rey salió de esta ciudad, abriéndose paso á la fuerza por la única puerta que faltaba cerrar. Los frailes excitaban á la revolución, y en 21 de abril el ayuntamiento revolucionario de Toledo se apoderó del palacio real, y todavía pasó un mes antes que la flota del rey, detenida por vientos contrarios, pudiera zarpar de la costa de Asturias.

El infortunado país, según un prelado español escribió al emperador, estaba como un moribundo que ha recibido la extrema-unción. Solo podemos dedicar pocas líneas á la revolución de las Comunidades de Castilla, cuyo término, si bien fué importantísimo para Carlos V y para los sucesos posteriores de Europa, pasó demasiado lejos del resto del mundo, tanto que apenas se resintió algo la Francia vecina de este movimiento que puso en evidencia los defectos interiores del tan celebrado gobierno de los reyes Católicos, y representa el último y desesperado esfuerzo de los municipios para conquistarse un puesto digno en la vida nacional. Las ya mencionadas peticiones de reforma prueban que la clase media no carecía de talento político. El egoísmo y el orgullo de la aristocracia dominadora exasperaron á la población productora; y la nobleza, disgustada de verse menospreciada por el gobierno, dejó hacer á los sublevados. El regente cardenal Adriano, que había sido maestro de Carlos, pero no hombre de gobierno, no sabiendo que hacer escribió al rey que en su opinión la revolución era obra de los grandes, cuando cabalmente el movimiento era democrático, porque en las ciudades, principalmente en Castilla y Valencia, tomaron el gobierno los municipios. Estos formaron una «santa junta» la cual hizo esfuerzos para arrancar á la reina Juana la Loca, que vivía en Tordesillas, un simulacro de aprobación de su plan de cambiar las constituciones municipales y transformar la de las cortes, á cuyo fin se dieron pasos también cerca del joven rey Carlos; pero las masas ardientes que en Valencia disponían de la Germania armada, no se contentaron ya con los propósitos de la junta revolucionaria de Castilla. En muchos puntos se levantó la población rural contra sus amos; en Andalucía se agitaban los judíos y moros convertidos, y en Castilla se alzó el famoso obispo de Zamora, Antonio de Acuña, que con dinero de la Iglesia reunió un ejército y fué declarado por el Papa otro

Lutero. Los sublevados cometieron excesos horribles (1) y se dice que en Mallorca los ballesteros del ejército comunero se sirvieron como de blanco de los hijos de nobles. Estos excesos llevaron á la nobleza al lado del rey, que con su auxilio venció la revolución, como antes el rey Fernando había dominado con el auxilio de las ciudades á los grandes ducos. Los comuneros sucumbieron, como más adelante los



Espada de Carlos V

En una de las caras de la hoja se ve el busto del emperador y en la canal vaciada la inscripción:  
IM. CAES. CAROLVS. V. SEMP. F. AVGVS. AN. AET. XXX  
En la otra cara:  
FVNDATORI QVIETIS. M. D. XXX  
luego el símbolo del emperador, las dos columnas de Hércules con el lema: *Plus Ultra*. La marca del espadero es una cabeza de moro coronada. — Consérvase en el Museo de Artillería de Viena.

labradores alemanes sublevados, por falta de un jefe de talento, porque ni el informal obispo Acuña ni el iluso Juan de Padilla, el héroe de los comuneros, fueron los hombres que la revolución necesitaba. El ejército comunero sucumbió el 23 de abril de 1521 cerca de Villalar, entre Valladolid y Za-

(1) El autor confunde los sucesos de las Comunidades de Castilla con las Germanías de Valencia. (N. del T.)

mora, vencido por el condestable Velasco, y Padilla fué decapitado. Con esto quedó sellada para siglos la suerte de España; la clase media, que en todos los demás países de la Europa occidental era la fuente y garantía del desarrollo de una civilización robusta, no había adquirido todavía en España verdadera importancia, y al intentar conquistarse por la fuerza una posición, fué aplastada de tal manera que en adelante quedó siendo un miembro enfermizo y quebrantado en el Estado. Bien se habló de la edad de oro de España bajo el gobierno de su gran emperador, pero respecto del brillo de oro hay que decir mucho. Examinado de cerca, no vivía este país de sus propias, insuficientes y agonizantes fuerzas, sino que se afanaba, según ha dicho Roscher, en ser para la Europa lo que la nobleza, el clero y el ejército eran para los diferentes pueblos. Por lo mismo tenía que hacerse pagar por la Europa; porque los metales preciosos del nuevo mundo, cuya producción solo al cabo de decenios adquirió importancia para la madre patria, excitaban con tanta fuerza la codicia y el afán de aventuras, que ya entraban por mucho en el carácter nacional de los españoles, que el aumento de la producción patria por grande ó pequeña que fuese no pudo compensar su profunda desmoralización.

Coetáneamente con la infortunada revolución de los comuneros se verificó allende el Atlántico la conquista de Méjico. Hernán Cortés, el más grande y más noble de todos los conquistadores españoles, luchó y sufrió con perseverancia casi sobrehumana hasta que el 31 de agosto de 1521 cayó en su poder la capital del imperio azteca, pocos meses después de las jornadas decisivas de Worms y de Villalar. Con una partida de algunos centenares de paisanos suyos fundó Cortés, como aventurero por su propia autoridad y en rebelión respecto del gobernador de Cuba, la «Nueva España del Océano.» Aquel hombre, de una voluntad digna de los héroes de la antigüedad, nacido para soberano y político, no se contentó con reemplazar la religión mejicana de los sacrificios humanos por el cristianismo ni se limitó á buscar oro, sino que creó al mismo tiempo en el país conquistado una explotación y economía superiores y abrigaba la esperanza de abrir al comercio español el camino más corto á las Indias orientales con el descubrimiento de un estrecho de mar entre el Océano Atlántico y el Pacífico. Podría pensarse en describir la figura de Hernán Cortés, uno de los hijos más grandes y de mayor talento que España produjo en medio de las complicaciones en que estaba envuelta y que subieron á la superficie abriendo á su país dilatados horizontes, pero esto nos haría penetrar muy lejos en las regiones de la fantasía. Y sin embargo, parece que entraríamos en ellas si refiriésemos lo más sobriamente posible los hechos y padecimientos de aquel héroe.

Al desembarcar el joven emperador en mayo de 1520 en Dover, donde acudió á recibirle el cardenal Wolsey, el ministro todopoderoso de Enrique VIII, siendo luego saludado por su real «tío y buen padre,» no tenía fijo su pensamiento en España y mucho menos en las Indias Occidentales. El verdadero soberano de Inglaterra era entonces el citado cardenal, que, como antes Tomás Becket, había salido de la clase media y se había hecho clérigo de mala gana, pero que, según la expresión de un embajador de Venecia, llegó á ser respetado siete veces más que si hubiera sido Papa. Era inteligente y ambicioso y no le gustaba ocultar su importancia, siendo muy sabido el lujo de que se rodeaba y que antes de obtener de él una audiencia se había de solicitar tres ó cuatro veces. Una vez concedida, antes de llegar al aposento del cardenal pasaba el solicitante por ocho estancias cubiertas de ricas colgaduras. En el tiempo de que hablamos no contaba el cardenal todavía cincuenta años y se hallaba en el

colmo de su poder. Solicitado por los gobiernos de Francia y de España, cobrando una pensión del primero, y habiendo obtenido del segundo un obispado español, tentado por ambas potencias con la esperanza de la tiara, supo conservar á las dos potencias rivales durante bastante tiempo en la más completa ignorancia de las verdaderas intenciones de Inglaterra y mantener con esto la influencia decisiva de su política de paz. Podrá pensarse del carácter de Wolsey del modo que se quiera, pero no se encontrará el menor indicio de que jamás hubiese sacrificado el interés del Estado á su interés personal. Mirado desde el punto de vista nacional aparece completamente justificado su afán de apartar al joven rey, al cual había concedido solo aparentemente su beneplácito para pretender la corona imperial, de una política continental guerrera de grandísimo alcance; pero si estos consejos eran justificados desde el punto de vista nacional, no lo eran desde el de la aristocracia inglesa, que veía con malos ojos tanto la persona del cardenal afortunado como su política pacífica. Según se ha probado recientemente ocupó al cardenal en sus negociaciones con Francia y con el emperador el deseo de alcanzar para el comercio inglés en los Países-Bajos el primer lugar; y el mismo afán de velar por los intereses materiales de la nación fué también causa después de la actitud tibia y nada sincera de Inglaterra en la lucha contra Francisco I. En el verano de 1520, Wolsey, ya que su gran liga pacífica de 1518 no tenía ya razón de ser desde la elección del emperador de Alemania, se ocupó en impedir toda unión entre España y Francia, á cuyo fin trató alternativamente ora con la una, ora con la otra. A fines de mayo se presentó Carlos V en Inglaterra, donde se convino una segunda entrevista entre él y Enrique VIII; mas antes se celebró aquella otra de los reyes de Francia é Inglaterra cerca de Calais, que recibió el ostentoso nombre de «el campamento de las telas de oro,» y cuya parte política desapareció casi completamente entre las ocupaciones cortesanas, ya que los dos jóvenes monarcas estaban igualmente en su terreno en materia de torneos, banquetes y bailes. Su trato, que pronto llegó á prescindir de las precauciones observadas al principio, adquirió el carácter de una cordialidad exagerada, pero el atlético Tudor recibió una dura lección de su regio hermano Francisco I cuando éste le obligó á medirse con él en la justa. En aquel encuentro el diestro francés derribó al inglés con gran sorpresa de éste y de toda la corte reunida. Poco tiempo después inquietó á Francisco I la segunda entrevista de Enrique VIII con el emperador, pero tampoco Carlos recibió en Calais completa seguridad sobre la actitud futura de Inglaterra. Podría haberse referido Enrique VIII ya enfrente del emperador, ya enfrente del rey de Francia, según lo hubiese exigido el caso, á su repetida declaración de que auxiliaria al atacado contra el agresor, pues el fondo propio y verdadero de la política inglesa era impedir entre ambos contrarios la guerra y también toda inteligencia á espaldas de Inglaterra. Por esto se tuvo la idea de casar á Carlos con la hija pequeña de Enrique VIII, si bien ésta estaba ya desposada con el Delfín y Carlos estaba comprometido solemnemente para casarse con una princesa francesa. Así se fomentó también el recelo de la corte francesa contra el emperador con revelaciones de origen inglés sobre las intenciones guerreras de Carlos.

Además de Inglaterra existía otra potencia que debía pesar mucho en la balanza por el partido que tomase, y era el papa León X, que viéndose envuelto como soberano del Estado de la Iglesia en las rivales pretensiones de Francia y España en Italia, se había puesto del lado del rey de Francia en la lucha electoral para la dignidad imperial; y en 20 de enero de 1519 firmó una alianza con el rey Francisco



El cardenal Wolsey